Excerpt from
Mujer en traje de batalla
[Woman in Battle Dress]
Antonio Benítez Rojo

17

Entramos en Smoliensk después de vivaquear junto a la muralla. Napoleón y la Guardia ya estaban allí, y la ciudad me pareció esta vez una repetición a menor escala de Moscú. No sólo había sido incendiada y evacuada por los rusos y saqueada por nuestras tropas, sino además era un hervidero de compradores y vendedores que hacían sus negocios en improvisados mercados. Sabía que, por haber sido escogida como nudo de las comunicaciones entre Moscú y Vilna, tenía una fuerte guarnición, hospitales de restablecimiento y grandes almacenes de municiones y vituallas. Si bien ahora más concurrida, su aspecto seguía siendo tan lamentable como meses atrás. Sus colores eran el negro de las chamuscadas ruinas, el gris de la piedra de los muros y el blanco de la nieve que cubría sus calles y tejados.

Todo pasó muy rápido. Casi sin que me diera cuenta. Me dirigía al Estado Mayor cuando una turba de granaderos, con hachas y bayonetas caladas, desembocó por una callejuela y empezó a asaltar un almacén de provisiones con la misma violencia y gritería que si se tratara de una posición enemiga. *Cheval* se asustó, traté de controlarlo, se encabritó, resbaló en el hielo y hasta ahí mis recuerdos... Recuperé el sentido en una sala de hospital, echada en un jergón de paja entre una pared y un ruso con compresas en los ojos. Mi abrigo de astracán había desaparecido y estaba cubierta con un paño verde por el que alguna vez habían rodado bolas de billar. La cabeza me

Antonio Benítez Rojo • 319

dolía atrocemente y apenas podía mover el brazo izquierdo. También tenía frío y ganas de vomitar, pero por encima de todo crecía dentro de mí una gran ansiedad: ¿habría descubierto mi secreto el cirujano que me había atendido?

Con esa inquietud me quedé dormida, despertándome en medio de la noche con muchas ganas de orinar. Me apoyé en el codo sano y alcé la cabeza, que seguía doliéndome mucho. Comprobé que la tenía vendada y pude palpar una hinchazón sobre la oreja. La sala estaba mal iluminada pero vi que había mujeres cuidando a los pacientes. Grité varias veces y una de ellas se acercó casi corriendo. Me ayudó a incorporarme y me llevó al retrete. Sin su auxilio apenas habría podido dar un paso, pues el movimiento de andar me producía mareos. Me preguntó cómo me llamaba y a qué cuerpo pertenecía. No le respondí. De momento sólo recordaba que mi nombre era Henriette Faber-Cavent y sabía que no debía decirlo. Ella siguió hablando sin parar, en un francés anticuado, clásico. Llevaba un ajado vestido de baile, muy fuera de moda, con un corpiño de terciopelo castaño y, por todo abrigo, un pañolón de seda alrededor de la cabeza y el cuello. Su nombre era Nadezhda y dijo que mi brazo no estaba fracturado; lo peor era la contusión en la cabeza, aunque la piel no se había roto. Supuse que el gorro había amortiguado el golpe y le pregunté por mi abrigo y mi caballo. Dijo no saber nada. Me habían traído con otros dos heridos y, como ellos, lo único que llevaba encima era la ropa que ahora tenía puesta.

—¿No habrán dejado con alguien una pintura, un retrato de una mujer con chacó?

—Lo siento —dijo—. Los que la trajeron nada dejaron.

Recordé que mi nombre ficticio era Enrique Fuenmayor, de La Habana.

—Me llamo Enrique Fuenmayor, de La Habana, isla de Cuba. Pertenezco al Estado Mayor General. Soy asistente del barón Larrey.

—Mañana todo se arreglará. Me ocuparé de hacer las averiguaciones —dijo sonriendo con ternura, antes de darme agua y una cucharada de coñac.